

EDITORIAL

Crecimiento, al fin

Las noticias sobre el tercer trimestre hacen esperar que la economía uruguaya registrará un crecimiento del orden del 5% en 1986. En 1985, con una tasa de expansión real no significativamente distinta de cero, por lo menos se había puesto fin a la desastrosa caída del producto, que entre 1982 y 1984 totalizó casi 17%. El valor global de la producción al iniciarse el próximo año estará todavía 5% por debajo del de 1979, 12% por debajo de la cota máxima alcanzada en 1981; pero, por profundo que haya sido el descenso, experimentamos por fin la tonificante sensación de estar recuperando posiciones, y de tomar conciencia de que el logro de alturas todavía inalcanzadas, con sus implicaciones en materia de empleo, de oportunidades para los jóvenes, de nivel de vida para el grueso de la población, es sólo cuestión de tiempo, y de tiempo a escala razonable.

La recuperación llegó, por fin, luego de la gran contracción de 1981-82, que afectó al mundo entero; y llegó tarde, unos dos años más tarde que en el resto de América Latina, por ejemplo; lo ha hecho al impulso de un gran crecimiento exportador, como debía necesariamente ocurrir. Como sostuvimos hasta el cansancio que inevitablemente debía acontecer, frente al libreto de ciencia-ficción que escribían la CONAPRO y los economistas de los partidos, pronto hará dos años, en el cual la economía uruguaya se levantaba a sí misma milagrosamente, a través del consumo previa la redistribución del ingreso por la vía del salario real aumentado por *úrase* de la autoridad. Era, propusimos, el caso más flagrante de poner la carreta delante de los bueyes, aquel proyecto de encarecer la mercancía que no encontraba comprador, la mano de obra —¿qué es el paro forzoso más que un exceso oferta en el mercado laboral?— en lugar de comenzar estimulando la demanda, lo que traería aumento del nivel de empleo primero, y del salario real en seguida y no podría traer, aquel despropósito, más que un retardo de la reactivación que todos deseábamos.

De hecho la retardó no menos de seis meses. En el primer semestre de 1985 el salario real aumentó a una tasa anual superior al 20%, y el producto continuó bajando. Para todo el año, el salario real aumentó 14% y el consumo subió un lastimoso 1%, que es todo el trofeo que la CONAPRO puede ostentar; al mismo tiempo, la inversión siguió cayendo, lo hizo más del 10% sobre el nivel de catástrofe de 1984 (menos de la mitad del de 1980), y es difícil no asociar esa caída con las perspectivas de una política salarial que,

de continuarse, sólo podría haber desembocado en un colapso total de la relación laboral o en una inflación descontrolada.

Las cifras muestran claramente que el salario real apenas si ha sobrepasado ocasionalmente la cota que alcanzó en julio de 1985, y es precisamente en el tercer trimestre del año pasado que las exportaciones empezaron a recuperarse, y a sacar la aeronave económica uruguaya del tirabuzón en que había entrado en 1981.

¿Qué ocurrió a mediados de 1985, para poder hacer arrancar el motor exportador uruguayo? Este tipo de pregunta hace pensar inmediatamente en las condiciones de competitividad internacional, principalmente encamadas en el tipo real de cambio, y en la coyuntura internacional. Sería difícil discutir que desde la depreciación drástica del peso, experimentada a fines de 1982 y principios de 1983, los exportadores uruguayos sufren de alguna forma de atraso cambiario. En cuanto a la demanda mundial por importaciones, que había sufrido una caída del 5% al año en 1982 y '83, ya había vuelto a crecer 6% en 1984 y 1% en 1985, sin que nuestras ventas dejaran de caer hasta mediados del segundo de esos años. El único factor objetivo en que puede pensarse para explicar el cambio consiste en el debilitamiento del dólar en los mercados mundiales de cambios, pero ello en realidad no habría hecho más que fortalecer una posición competitiva de por sí ya bastante sana. Es difícil evitar la conclusión de que el estado de las expectativas fue el responsable de que el Uruguay desaprovechase las condiciones relativamente favorables del comercio mundial en 1984 y parte de 1985: un estado de las expectativas que se arrastraba desde el shock cambiario de 1982, agravado con el desastre de la política monetaria y fiscal de aquel año, con su secuela de enorme pérdida de reservas y desastroso crecimiento de la deuda externa; un estado de las expectativas que volvió a desestabilizarse con la irresponsabilidad fiscal del régimen militar en sus últimos tramos, y que la proximidad de la transición a la democracia, dadas las plataformas de los partidos primero, y las fantasías de la CONAPRO después, ciertamente no contribuían a mejorar.

Lo que pasó, entonces, que despejó el camino de la recuperación, hay que buscarlo, pues, en el terreno de las expectativas.

Ha habido, como suele señalarse, factores exógenos

que han contribuido a mejorar la coyuntura. La caída de las tasas de interés y el precio del petróleo ciertamente han efectuado un gran aporte hacia la credibilidad de la recuperación uruguaya. La tremenda vitalidad mostrada por la economía brasileña, y su súbita dependencia de las importaciones para cerrar la brecha entre demanda y oferta de alimentos abierta por el Plan Cruzado representa sin duda ese toque de la buena fortuna que ayuda a explicar tantas cosas en la historia. Pero, según nuestra interpretación, lo realmente significativo fue otra cosa. Allá por el tercer trimestre de 1985 debe haberse verificado el cambio de la marea en materia de expectativas. Las inquietantemente radicales declaraciones de principios de los partidos deben haber comenzado a palidecer ante una realidad de moderación, exhibida no sólo por el gobierno sino mayoritariamente también por la oposición. La ciencia-ficción conáprica debe haberse comenzado a percibir como tal más que como un plan de gobierno. Las perspectivas de arriesgar un poco de capital en un negocio de exportación, usando básicamente capacidad instalada ociosa, deben haber parecido progresivamente menos insensatas. Ya que la dictadura de los sindicatos no iba a ser tan total como al principio parecía, la idea de contratar mano de obra para producir y vender al exterior debe haber dejado de despertar temores inhibitorios. Un trasfondo de disciplina fiscal y de manejo experto de la política económica debe haberse ido trasluciendo detrás de la retórica parlamentaria. En cierto momento, la confianza naciente debe haber alcanzado una masa crítica, y el proceso de recuperación comenzó. Esa es nuestra interpretación.

Si ella es correcta, importa que los rasgos positivos del perfil gubernamental se intensifiquen. Ciertamente que la posición firme que las autoridades están mostrando frente al golpe de mano oportunista intentado por el sindicato de ANCAP está representando un aporte de la mayor trascendencia a fin de plasmar la imagen requerida.

Si este episodio concluye como debe concluir, podemos esperar con razonable confianza que la inversión, que da señales de querer salir del pozo insondable donde había caído, se una resueltamente a la reactivación general, y le confiera el carácter de proceso viable y autosostenible que sin su concierto nunca podría lograr.